

cubriendo con sus espigas á los augustos fugitivos.

Otros nos los presentan sentados junto á una fuentequilla calmando la sed que les abrasa, y ablandada de amor se ve una palmera gigante doblándose graciosa hasta poner sus sazonados frutos al alcance de sus manos y levantándose de nuevo, terminada la faena.

Estos opinan que cayeron en poder de los ladrones del desierto, quedando la avaricia de éstos desarraigada ante la afabilidad y pobreza de los desterrados; siendo el mismo cabecilla el que les da libertad y les muestra el camino. Este capitán de bandoleros es Dimas, á quien su caridad salvará más tarde en el Calvario, en el trance de la muerte.—Aquellos describen cómo en las riberas del Nilo, se embarcan en una falúa egipcia, encargándose los ángeles del timón y de los remos para llevarlos al Cairo. Otros ángeles, para defenderlos de los ardores del Sol, se mecen sobre la barca sosteniendo un blanco lienzo, como dosel, con una mano, y con la otra deshojando rosas sobre el augusto Niño que dormita. Apenas tocan tierra siente el Egipto vacilar su suelo, los ídolos se derrumban, las estatuas de los falsos dioses se desploman proclamando así una nueva era y llorando su reino terminado.

Todas estas leyendas son graciosas y encantadoras; pero los verdaderos detalles del viaje se ignoran. Nos faltan datos para penetrar en tan interesantes misterios.

La tradición ha conservado tan solo el lugar en que viviera la Sagrada Familia en Egipto, es el pueblo de Matarieh, cerca del Cairo. Allí se yergue un sicomoro secular y corre un límpido raudal que se

conocen aún con el nombre de «Arbol y Fuente de la Virgen María.»

* * *

Regreso á Galilea

¿Cuánto tiempo permaneció la Sagrada Familia en Egipto? ¿Fueron semanas, meses ó años? Lo ignoramos. El Profeta dijo en nombre del Señor; «He llamado á mi hijo de Egipto»; y el Evangelio añade simplemente: «Después de la muerte de Herodes un ángel avisó á José y le dijo: «Ha llegado la hora de volver á tu patria. Los que atentaban contra la vida del Niño han muerto.»

Fácil es imaginarse la alegría con que volvieron á su patria María y José. Y ya los tenemos de nuevo en marcha pero no ya hacia el destierro. El Desierto les parecía menos largo y menos árido. Y cuando, al fin de algunos días de camino por la tostada arena, vieron el sol asomarse por los montes de Judá, su corazón palpité con emoción inefable. Gaza es la primera ciudad que encuentran á su paso, la antigua capital de los Filisteos. Allí se enteran de que Herodes ha sido sucedido por su hijo el joven Arquelao; y temiendo que este haya heredado la saña de su padre, se deciden á no pasar por Judea y entrar directamente en Galilea y ocultarse en Nazaret, donde les esperaba la paz y la tranquilidad. El camino de las caravanas sigue la costa, atravesando la llanura de Sefela, desde Gaza hasta Jaffa; después se extiende la planicie de Sarón, desde Jaffa al monte Carmelo. Larga es la distancia que separa estos dos extremos, y bien precisaron algunos días para salvarla. Pero

entonces era muy distinto, no había sobresalto alguno que les hiciera precipitar la marcha; todo salía á las mil maravillas; iban recordando episodios históricos que les evocaban los mismos parajes y espaciando su vista por aquel panorama encantador.

A la izquierda, más allá de las arenas de la costa, se extendía indefinidamente el Mar Mediterráneo, confundiendo su azul blanco y sombrío con el matiz más pálido del cielo. A la derecha las fecundas llanuras, llenas de un verdor que anunciaba úberrimas cosechas de cereales. De trecho en trecho aparecía alguna frondosidad de palmeras, y alrededor de las aldeas, fértiles plantíos de olivos con su indeciso verde y algunos naranjos y limoneros ostentando sus preciosos frutos. Por todas partes se disputaban alfombrar la sonda multitud de flores, como brochazos polieromos de un artista realizando ensueños; rojas amapolas, y centauras; anémones, tulipanes, gladiolos, asfodelos dorados y otras mil, esmaltando de colores las interminables llanuras. Más allá como vigías guardando el horizonte la ehiesta hilera de los montes de Judá con sus agrestos ribazos y sus pedregosas cumbres. Por la mañana, mientras los valles quedaban en perezosa sombra, aquellas crestas aparecían rojizas, como cabelleras adornadas de rosas, hasta el momento en que el sol dejaba ver su pupila de fuego y las bañaba en su blanca lumbre. Por la tarde, al despedirse el astro del día, tornaban al encendido carmín, como si quedasen allí asuas en donde inflamar su disco el sol de la siguiente mañana.

El Profeta Isaías vió sin duda en sus arrobamientos á los tres augustos viajeros, cuando exclamaba: «El desierto se regocijará, la soledad brincará de

gozo; el erial se cubrirá de lirios; las fecundas llanuras rebosarán en la abundancia; por doquier resonará el himno de la felicidad. Toda la gloria del Líbano, la belleza del Carmelo y el esplendor de Sarón se postrarán ante la majestad de Jehovah, y los encantos de nuestro Dios.»

Todo parece indicar que el monte Carmelo fué un punto de descanso en el camino. Allí había cabañas célebres inmortalizadas por haber sido mansión del profeta Elías y de sus discípulos. María y José llevando en sus brazos al divino Niño descansarían allí con verdadera satisfacción; y bien puede suponerse que la preciosa basílica edificada sobre la gruta de Elías, bajo la advocación de Ntra. Señora del Monte Carmelo, sea el lugar en que María y su divino Hijo descansaron algunas horas, y acaso algunos días. La roca que le sirve de base es el último eslabón de la montuosa cadena del Carmelo, que se levanta algunos centenares de metros sobre el nivel del mar, amenazando caer sobre las olas. Vista de lado esta gran muralla vertical parece la proa de un gigantesco navío encallado eternamente en aquellos peñascos.

* * *

Pasado el extremo de Monte Carmelo se penetra ya en Galilea. Al pié de la montaña y apoyada en la pendiente arrulla sus viviendas la pequeña población de Caiffa, centro de provisiones para los viajeros que se dirigen al interior. Mas allá de la ciudad, queda la mirada sorprendida ante el maravilloso semicírculo que forma la bahía de S. Juan de Acre; y sembrando sus riberas crece un bosque de gigantes palmeras.

cuya frente se inclina al más indirecto saludo de la brisa; todo esto va seguido de la gran planicie de Esdrelón con sus interminables pastos y sus campos de cereales, harto abundosos para alimentar á una nación entera. Más lejos, á la izquierda, partiendo de la costa del mar, se van haciendo visibles los primeros arranques del gran coloso del Líbano, que formando como gradas se va levantando, hasta la cima del Hermón cubierto de eternas nieves. Bajando por la derecha hacia el Mediodía, se descubren los valles de Seforis y de Caná; más allá las colinas de Nazaret, sobre las que se levanta recortando el tal del cielo, la esfumada cumbre del Tabor, y los terraplenes del Pequeño Hermón y de Gelboé, que allá á lo lejos parecen darse la mano con las últimas montañas de Samaria y la majestuosa cadena del Carmelo. El camino que conduce á Nazaret va siguiendo esta cadena montañosa durante muchas horas; después al replegarse la llanura, atraviesa el Cisón, por la izquierda, y se dirige cruzando bosques de frondosas encinas y fértiles planicies, hasta encontrarse con las masas calcáreas, con los blanquecinos montículos entre los que se oculta, como un nido en la oquedad de un peñasco, la «Ciudad de las flores».

La llegada fué tan grata y dulce para María y José como amarga fuera la partida y el destierro. Aquella su humilde casa temblaría de júbilo al cobijarlos bajo su techo, y su oscuridad huiría ante el fulgor del divino Niño. Allí iba á crecer Jesús en el silencio; allí se iba á preparar, sin precipitación para la gran empresa que debía realizar en el mundo. Allí pensaba aguardar su Hora el que es dueño del tiempo y de la eternidad.

El episodio del Templo

Una gasa misteriosa cubre con el silencio y la sombra, durante treinta años, la vida del Dios hecho hombre. Sólo á los doce años un hecho luminoso rompió la nube oscura, pero sólo como un fugaz meteoro de luz. Es la gran fiesta de la Pascua; de todas partes acude gentío á Jerusalén. Por todos los caminos de Sión hormiguean los peregrinos. De cada población, de cada barrio, de cada caserío se van formando grupos particulares para ir juntos y engañar la distancia, cantando Himnos y Salmos de David. Terminadas las fiestas y cumplida la devoción de cada uno, se vuelven en la misma forma, con el natural regocijo, después de confortar su espíritu con los grandiosos espectáculos que allí se presencian; después de admirar la gran Ciudad, el Templo y las santas ceremonias. Era imponente la multitud que venía de Galilea todos los años; pues esa región era la más poblada y la más religiosa de toda la Palestina. Ese año había llegado á la ciudad á dar gloria á Dios un gran número de Nazarenos, entre hombres, mujeres y niños. Jesús, María y José iban entre la multitud como uno de tantos.

Se observaba un nuevo estímulo de piedad en estas fiestas de Pascua del Año Duodécimo. La gran cuestión del Mesías era una preocupación general y se había hablado de ella muchísimo en las conferencias sagradas. El pueblo estaba suspenso. Se sabía que había llegado el tiempo augurado por los Profetas. Las setenta semanas de años, señaladas por Daniel, habían ya transcurrido. El cetro ya había salido de Judá. El templo reedificado estaba dispuesto

para recibir la salvación de Israel. Todo el pueblo hacía eco á esos rumores, cuyas proporciones iban aumentando de año en año. Había sucesos que servían de poderoso resonador: la Estrella de Jacob, la caravana de los Magos, la carnicería que hizo Herodes en Belén, la emoción de los ancianos del Templo, Simeón y Ana... Todo esto se cernía sobre ellos como una nube llena de consoladora realidad. Aunque nada nuevo vino á dar más luz á aquel horizonte, y á despertar la curiosidad pública, la inquietud de los espíritus no disminuía. Y naturalmente aprovechaban sus visitas á Jerusalén para explorar la opinión de los doctores más famosos, por lo que Hillel, Schammaí, Jonathán, y los demás prohombres de Israel, se veían asediados de preguntas azarantes; de investigaciones ansiosas, que se veían muy apurados para dilucidar. Era imposible durante aquellos días despejar por completo la sala del Gazith, en que ellos estaban, junto al Templo. Sólo después de las fiestas de Pascua, en que cada uno regresaba á su hogar, estaban algo libres de aquel serio compromiso. Los doctores, á su vez, aprovechaban la ocasión para conferenciar juntos sobre el particular, comunicar impresiones y enriquecer sus noticias con los datos que podía proporcionarles el roce con los creyentes, durante aquellos días. Estas conferencias de resumen eran las más interesantes. Y lo más escogido de los extranjeros, los discípulos más fieles y las personas más cultas rodeaban á los doctores para enterarse de las últimas conclusiones sobre el particular. Aquel día los doctores observaron que entre los advenedizos y curiosos había un jovencito, cuya fisonomía expresiva en extremo les robó la atención á la pri-

mera. Vestía humildemente como los niños de Galilea; sus rubios cabellos caían como madejas de oro sobre los hombros y su frente irradiaba un fulgor que hacía transparentarse la inteligencia y el candor. Aquellos ojos elocuentes penetraban en los más escondidos senos de las almas: el misterioso metal de su voz acariciaba los oídos y era portador de inefables emociones. Su actitud robosaba distinción y gracia. Era imposible apartar de él la vista en cuanto en él se clavaban los ojos.

Según la común usanza, puesto al pie de los rabinos, primero se limitó á escuchar. Cada Doctor exponía su parecer y lo discutía. El vulgo admiraba su ciencia y á veces era incapaz de seguirles en el raudo vuelo de sus discusiones; por lo que quedaron grandemente sorprendidos cuando observaron en el semblante del niño que éste alcanzaba perfectamente sus sublimidades y algo más. Cuando se callaban, para dar paso á nuevas discusiones, el niño les preguntaba y con una sola de sus palabras les descubría horizontes y regiones para ellos desconocidas. Todo aquello se perdía de vista á la ciencia rabínica. Los doctores se miraban unos á otros estupefactos, no sabiendo qué responder; ellos á quienes todos llamaban los sabios universales y que suponían haber llegado á la meta de los conocimientos humanos... ¡qué desencanto verse apabullados por las preguntas de una criatura! Una pregunta es algo así como el golpe que hace saltar la chispa del guijarro. Y en efecto en aquellas inteligencias saltaba un destello á cada palabra del niño. Se quedaban atónitos y su pasmo se comunicaba á todo el pueblo.

Con un aplomo y una facilidad inexplicable, se iba

el Niño engolfando en las más hondas cuestiones sobre Dios, el Mesías y los Profetas; aclaraba las épocas profetizadas, los acontecimientos á que se referían; el establecimiento del reino de Israel y recorrió el velo del porvenir. Cada día reanudaba con nuevo entusiasmo el diálogo interrumpido en la tarde anterior. Jamás se había presenciado un torneo intelectual de aquel revuelo. Los doctores sentían en su espíritu el soplo de una ondina de costas desconocidas. El auditorio temblaba y se sentía escalofriado de entusiasmo. Se mecía sobre ellos un misterio y todos aguardaban arrebatados la última palabra.

Al atardecer del día tercero se abrió repentinamente la puerta del Gazith. Dos extranjeros se detuvieron en el umbral, como petrificados por el estupor. Era un anciano grave y afable, con indumentaria de obrero galileo; y á su lado una joven en vuelta en el abundoso manto de una peregrina que va de paso. Veíase la huella del dolor y de la angustia en aquella faz de sobrehumana belleza. El niño volvió la cabeza y se oyeron á la vez dos gritos: «¡Hijo mío! —¡Madre mía!» Voló el niño á los brazos de su Madre que le cubrió en seguida de lágrimas y besos. Su emoción fué indescriptible. Pero cesó aquel encanto que arrebatava el auditorio.

Los doctores corrieron á felicitar á sus Padres por la precocidad de su Hijo y les suplicaron que no les privasen de oírlo; pero ante la voluntad inquebrantable de María y José de volver en seguida á Nazaret, los rabinos dieron pruebas de sentir amargamente que se les privase de la compañía de aquel Niño prodigioso; pareciéndoles sin duda que aquel sol naciente, cuya aurora sin par habían contemplado, no

podría llegar á su fulgor meridiano más que bajo su dirección y á su lado; viendo que se iba á sepultar en las tinieblas de Galilea; en aquella noche de miseria é ignorancia que sólo ellos podrían disipar.

Los pobrecillos á pesar de la aparente verosimilitud de sus juicios, estaban muy equivocados. Pero todos hubieran pensado como ellos y como ellos erroneamente. Jesús siguió á María y á José; entró con ellos en Nazaret y allí vivió «sometido á ellos»; esta frase encierra la historia de su vida hasta los treinta años.

* * *

Primera Manifestación

Llega Jesús á los treinta años. Se inicia su revelación al mundo. Era á las orillas del Jordán; allí un nuevo Profeta de extraña catadura predicaba la penitencia al pueblo y preparaba los corazones, para la venida del Mesías. Dice que él va sólo algunos días delante; que no es más que la voz precursora; que no ha venido más que para proclamarle y reconocerle. No se cree digno de desatar la correa de sus sandalias; y está llamado á desaparecer en cuanto se presente el Mesías. Pero se alegra como el amigo del esposo cuando el esposo llega.

Sonó la hora y repentinamente se presenta el signo esperado. Un joven gallardo, rebosando energía y donaire, se abre paso entre la multitud que aún no le conoce. Viste como un aldeano de Galilea; pero su continente, su mirada, sus arrestos de majestad llevan un no sé qué de sobrehumano. Se inclina como los demás bajo la mano del Bautista; pero Juan que

le reconoce, protesta de su indignidad. «No repares le dice Jesús, y ésta fué su primera palabra pública, así se ha de cumplir con la justicia.» Inmediatamente se abrieron los cielos y una paloma de visos de oro agitó sus alas y se meció suavemente sobre la cabeza del Desconocido; entonces resonó el espacio con una voz divina que decía: «Este es mi hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias.»

Ha llegado al Precursor el momento de desempeñar su papel; volviéndose, pues, á sus discípulos les dice: «He aquí el cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo.» Al oír estas palabras Juan y Andrés que le escuchaban se dirigen al desconocido y le piden les permita hablar con él. Jesús les recibe con plena afabilidad. Se pasan las horas en aquel dulce coloquio, encantados de su presencia y de sus palabras. Salieron de la entrevista plenamente convencidos, diciendo á cuantos quisieron oírles: «¡Hemos encontrado al Mesías!»

Al día siguiente le fué presentado Simón, hermano de Andrés; y para él como para su hermano esta entrevista fué decisiva. Desde entonces su corazón y su vida quedó vinculada á Jesús. Puede disponer de ellos como le plazca. Estas son las primicias del apostolado. De ellos se va á servir el Señor para echar los cimientos de su Iglesia. Luego vendrán algunos otros como Santiago y Felipe y Simón y Judas y Santiago, su hermano y Bartolomé y Tomás y Mateo y Judas el traidor.

Todos ó casi todos hijos del pueblo, pobres obreros, que ganaban el pan de cada día con el sudor de su frente; vacíos de ciencia humana; sin prestigio ni gloria alguna ante los ojos de sus conciudadanos;

almas sencillas y rectas en las que la verdad no encontraba oposición alguna, ni el error ninguna complicidad; humildes en sus sentimientos como en su oficio, ajenos á ese inaguantable orgullo que hace á las almas refractarias á la gracia de Dios; corazones generosos y buenos, de esos que tanto abundan en el pueblo sencillo, que no está aún sugestionado por el brillo del oro; capaces, por lo tanto, de comprender una moral divina y de arder entusiastas por un ideal sublime. Entre ellos se habían conservado más puras las antiguas tradiciones; habían comentado con más ardor los sagrados oráculos; y estaban dispuestos á convertirse en los primeros discípulos del Mesías; por eso sin duda fueron elegidos los primeros. Los unos en las floridas riberas del Jordán y los otros en las encantadoras orillas del lago de Genezaret, oyeron la sugestiva palabra «¡Ven y sígueme!» y ante la revelación de suprema belleza que ellos descubrieron en esa frase, lo dejaron todo y siguieron á su Maestro.

* * *

La Buena Nueva

Pasado algún tiempo da Jesús principio á su vida pública; vida de trabajo heroico, de largas fatigas, pero vida que llena de dulzura su corazón; ya que toda ella se emplea en dar luz, consolar, instruir y curar á todos aquellos que tienen la imponderable dicha de aproximarse á El y de oírle. Esclarecer, siendo como es la Luz; instruir siendo la Verdad; consolar siendo el Amor; curar siendo el Todopoderoso, es satisfacer cumplidamente las exigencias de

la naturaleza; es gozar de lo más íntimo de la felicidad como es hacer á otros felices.

Las riberas del Lago de Galilea saltan de gozo al eco de su voz; su doctrina es un astro de tal fulgor y tal consuelo que nadie se cansa de escucharle.

Se muestra tan benigno para con los pobres, tan cariñoso para con los niños; tan caritativo para con los enfermos y tan misericordioso para con los pecadores que todos los corazones simpatizan con El.

De las poblaciones vecinas y de las regiones limítrofes, acuden á El de todas partes; por un lado hasta el mar, por otro hasta el desierto; pronto se llenó el mundo de su nombre.

Va exponiendo su moral, la más divina de las conocidas, con un estilo que cautiva á su auditorio; con proverbios y parábolas que sugestionan al alma. Habla con autoridad de soberano, no por sí mismo, sino en nombre del Dios que le envía.

Dios es su Padre. Esta es la primera vez que los hombres oyen dar ese nombre el Todopoderoso.

De su Padre ha recibido la misión y el poder lo mismo que su existencia y su vida. Y si los hombres aceptan esta doctrina, se inclinan ante ese poder y reconocen esta misión, desde ese instante se convierten en hijos adoptivos de Dios. Este es el principio de toda su religión, todo lo demás es un corolario. Hasta entonces los hombres se habían contentado con temer á Dios, desde aquel día deben amarle. La ley de amor ó de caridad está llamada á sustituir á la ley del temor.

Si Dios es nuestro Padre, todos somos hermanos, y debemos amarnos los unos á los otros. Este es el nuevo mandamiento que Dios trae á este mundo.

Esta es la razón de su venida y el rasgo característico de su misión. Si somos hermanos, somos iguales delante de Dios, por lo tanto debe desaparecer el señoría y la esclavitud. Todos los hombres son libres con la santa libertad de hijos de Dios. Si somos hijos de Dios es muy natural que tarde ó temprano se reúna la familia completa; es necesario que vayamos á la casa de nuestro Padre; que recibamos nuestro patrimonio, el de su riqueza, el de su gloria y el de su felicidad. Esto sentado, la tierra no es más que un tránsito, la vida una peregrinación, que termina en el santuario del Cielo.

¿Y qué es necesario para llegar á ese fin? El divino Platón lo dijo ya con su genial clarividencia «¡Ser puro y morir!» Jesús confirma esta verdad diciendo: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios»

El dilata las regiones de su reino celestial para dar lugar en él á todos los hombres de buena voluntad. El cielo es para los pobres, «para los que lloran, para los que sufren, para los pacíficos, para los misericordiosos, para los que tienen hambre y sed de justicia y para los perseguidos por la buena causa, es decir, por la causa de Dios.»

Ante estas inauditas revelaciones se estremece la humanidad y un aura vital agita su espíritu. Las lágrimas se secan; se yergue la abatida frente, los corazones se dilatan; la esperanza y la vida brotan por todas partes. El mundo fija su mirada en el ideal que se les pone delante y acometen con verdadero entusiasmo la ruda montaña de la santidad, por la espinosa senda que conduce al cielo. Son los modelos en que se inspiran, aunque ambos quedan siempre

muy por encima de su valor: Jesús que en su humanidad ha sido el hombre perfecto y ha querido arros-
trar todas las pruebas para decirnos en cualquier
ocasión: «Os he dado ejemplo, para que obréis, como
yo obro» —Y el otro modelo, más elevado aún, Dios
hacia el que debemos aspirar sin cesar: «Sed perfec-
tos como es perfecto vuestro Padre celestial.» Ese
es el Evangelio, la Buena Nueva. Verdaderamente
es óptima para la humanidad esta doctrina; pues va
obrando el bien por donde pasa, en las almas, en las
familias, en la sociedad. Por ella viven los hombres
hace más de dos mil años; y sólo los que no la poseen
están siempre á punto de morir; pues no hay otro
principio de vida fuera de ella.

*
*
*

Los Milagros de Jesús

Mas la palabra, por elocuente que sea, no basta
para conquistar las almas. Es cierto que los oyentes
del divino Maestro pendían de sus labios y decían:
«¡Jamás se ha oído hombre alguno que hable como
éste!» —Pero esta admiración no era más que una
parte, la menor, del gran triunfo que pensaba conse-
guir del mundo; lo que deseaba conquistar sobre
todo eran los corazones.

En el hombre hay siempre cierta resistencia á la
verdad, que no se puede hacer desaparecer. Cabe el
alucinamiento, la fascinación por una labia feliz,
pero aun entonces, las dudas se amontonan y es di-
fícil imponer el convencimiento. Hace falta algo más
para desencastillar el error; se precisan actos posi-
tivos, no bastan las ideas, para arrastrarnos á la adhe-

sión completa; actos evidentes ó irrecusables; hay
que poder decir: «Si no creéis mis palabras creed á
mis obras.» Por eso, en la vida de Jesús, las obras
significan más que las palabras... y ¡qué obras!

Pasando por alto la admirable perfección de su
vida ante la cual se han inclinado hasta los más ensa-
ñados enemigos, hay un testimonio elocuente, in-
vencible; sus obras en las que resplandece un poder
sobrehumano; sus obras presentadas como prueba
de sumisión; sus obras realizadas en unión con Dios,
su Padre, y como Dios por el poder de su naturaleza
divina unida á su naturaleza humana; sus obras
hablan por El.

En Nazaret inmoviliza los brazos de sus enemigos
cuando se disponían á apedrearle, y pasa tranquila-
mente en medio de ellos, como si fuesen ridículas
estatuas de estuco. En Caná transforma el agua en
vino por socorrer y dejar bien á los que le habían
invitado. En Cafarnaún, en Betsaida, en Tiberiades,
en Corozain cura á todos los enfermos que se le pre-
sentan, cojos, ciegos, paráliticos, leprosos, sordo-
mudos y posesos. Apenas corrió la noticia de sus
curas prodigiosas acudían de todas partes enfermos
y desgraciados de las ciudades vecinas; de la costa
del mar, de Tiro y de Sidon, de la Gaulanítida y de
la Perea,

Jesús á nadie negó su asistencia; jamás rechazó
una súplica. En la imposibilidad de acercarse á El
todos los enfermos, le piden que les cure á distancia;
y en efecto, desde el lado opuesto de Galilea curó al
hijo del centurión que agonizaba en Cafarnaún. Le
ruegan haga sentir su imperio sobre la muerte ya
que ella se enseñorea de la vida y resucita la hija de

Jairo, el hijo de la viuda de Nain; esperando resucitarse á sí mismo. Así evidencia hasta el colmo la verdad de esta frase, que sería mayúscula necedad en labios puramente humanos: «Yo soy la resurrección y la vida.»

Y no es sólo la vida y la muerte la que le obedecen, es toda la naturaleza con sus múltiples energías. A su voz se cambia el agua en vino; los panes y los peces se multiplican prodigiosamente en sus manos; el mar levántase y los vientos desencadenados se postran y besan sus pies. La insegura superficie de las aguas se torna como rígido cristal bajo sus plantas y los apóstoles le ven caminar sobre el lago, cual por una alfombra de plata; el mismo prodigio se repite en la persona de Simón Pedro; un pececillo viene á traerle el tributo que debe pagar; los cielos se abren sobre su cabeza, descendiendo en torno suyo toda la gloria del paraíso y le transfigura en el Tabor; á su muerte, como en señal de duelo, el sol se apaga y discurre como una sombra fría por el espacio, la tierra titubea, medrosa de volver al caos; los montes de granito se resquebrajan, las tumbas se abren y surgen los difuntos despavoridos.

Y nada es todo esto al lado de lo que podría ser y de lo que realmente será cuando el divino Maestro obre sin poner freno á su poder infinito.

Sabemos, por sus palabras que le ha sido otorgado todo poder en el cielo y en la tierra. Que á su nombre adorable debe arrodillarse hasta el abismo infernal. Que todas las criaturas están á sus órdenes. Cuando la Encarnación haya dado todo su fruto y el tiempo expire, volverá á este mundo que es su obra, pero vendrá como vencedor.

Se presentará como un rayo de fulgor que rasgará el espacio de Oriente á Occidente. Vendrá como en carroza de nubes sostenida por el aleteo de los vientos y hará la verdadera separación del trigo y la cizaña, de los buenos y los malos. En este momento de suprema justicia, mientras los condenados desaparecerán en el hórrido abismo, y los Elegidos le contemplarán extasiados, se replegará el mundo como quien recoge la tienda de campaña y los vencedores verán surgir al eco omnipotente de un *Fiat* del Verbo Creador, un nuevo universo «con nuevos cielos y nueva tierra» La celeste Jerusalén edificada con piedras vivientes, cinceladas primorosamente por el dolor y por la gracia, será el ornato inmortal del mundo renovado. El sol de ese mundo será la mirada del Cordero dominador y sacrificio. Este poder imperfectamente vislumbrado á través de las manifestaciones, es el que hacía al pueblo arrojarle á sus pies y decir instintivamente: «Ha aparecido entre nosotros el gran profeta, Dios ha visitado su pueblo!»

* * *

Ley de muerte y de amor

«Si el grano de trigo oculto en la tierra no muere, será infecundo y estéril, pero si muere producirá abundante fruto» Esta es la extraña ley de la naturaleza que se cumple en todos los órdenes de los Seres.

¡Misterio insondable! Todo un Dios viene á la tierra y por más que presenta la verdad deslumbradora á los ojos de los hombres; por más que va realizando prodigios por doquiera; por más que pone su omnipotencia á servicio de su amor... Todo esto no basta para levantar al hombre sucumbido. Toda

su obra rodará por la supercial pendiente, sin ahondar, sin echar raíces, sin producir fruto alguno. Para llegar al corazón tiene que someterse á la ley universal. Precisa morir; y una vez regado, que su sangre con todo su amor penetre, como germen de vida en las entrañas de la humanidad; que eche allí sus raíces y que luego se dilate al exterior en fecundo ramaje, con frutos de pureza, de luz, de virtud y de santidad.

Ese es el polo sobre que gira su vida y el blanco de su misión; como la hora de su muerte es su hora por excelencia y en realidad su venida no ha tenido otro objeto que esta hora suprema, todas las demás horas de su vida no fueron más que el derrotero hacia ésta.

La desnudez del establo, la pobreza del pesebre, la crueldad de Herodes, las penas del destierro, las fatigas del trabajo, las contradicciones del mundo, la incredulidad de sus compatriotas, la malquerencia de sus enemigos, la envidia de los magnates, las inconstancias del pueblo, las conjuraciones de la sinagoga, el desfallecimiento de los apóstoles, la traición de Judas, el ensañamiento de los verdugos, la iniquidad del sanedrín, la cobardía de Pilatos, los denuestos del populacho, la libertad en fin de todos los demonios, todo iba encaminado á ese punto; al Calvario á la muerte; todo eran factores para un solo resultado: ganar el mundo para Jesús verificándose la misteriosa profecía «Cuando yo haya sido crucificado atraeré á mí el mundo entero.»

* * *

Y ¿quién será capaz de esbozar la preciosidad de esta vida y de esta muerte?

Nunca ha visto la tierra un sér mas amable.— El fué su luz y su ornato. Antes de su venida todo era noche; sin él, seguiríamos en las tinieblas. Nuestro planeta perdido en la negra inmensidad, aún iría rodando á la ventura sin conocer, ni su origen, ni su destino. La humanidad, como grey sin pastor, correría espantada por la pendiente de la corrupción, hacia el abismo. El hombre, juguete vil de sus pasiones, sería para sí mismo un enigma. Arrobadado por el vértigo de la grandeza, llegaría á perderse en alturas ideales, en alas de ese *desideratum* del infinito, que nos roe el corazón como el buitre inmortal del poeta; y por otra parte sumergido en el cieno de la animalidad por el peso de este cuerpo muerto, se revolvería en el fango de los instintos sensuales; nuestro corazón sería mártir entre dos mundos y despedazado por dos fuerzas.

Ni los filósofos, ni los poetas, ni los pensadores, ni los políticos, ni los sabios, nada ni nadie podrían encontrar fuera del Evangelio el fin de nuestra existencia y de nuestra naturaleza.

Jesús, y sólo en absoluto Jesús, es el que nos ha dicho lo necesario; porque nos ama divinamente, su amor es infinito; y como nos ama infinitamente no hay nada que pueda agotar este amor; ni ingratitudes, ni contrariedades, ni nuestras injurias, ni nuestras blasfemias, ni nuestras debilidades, ni nuestras miserias, ni nuestros pecados; pues dicho se está que nunca seremos tan culpables que él no pueda perdonarnos. Jamás caeremos tan hondo que no pueda levantarnos; nunca llegaremos á tal ruina que no sea capaz de rehabilitarnos; pues su infinito amor nos envuelve por todas partes, está muy por encima

de nuestros crímenes y baja mucho más profundamente que nuestras miserias; salva nuestros abandonos y calma sobradamente nuestros deseos.

Dada la libertad humana y su abuso ó sea nuestras culpas y las condiciones de nuestra vida militante, ha hecho todo lo que había de hacer en el exceso de amor hacia nosotros. Ha bajado hasta nosotros, se ha vestido del pellico basto de nuestra humanidad para acercársenos más; ha vivido nuestra vida y ha pasado por nuestras pruebas; ha hablado nuestro idioma; su corazón ha latido como el nuestro, sus ojos han derramado lágrimas nuestras, pero como El siempre permanece infinitamente superior por su naturaleza y personalidad divinas, se ha hecho nuestro Salvador, después de ser nuestro padre y nuestro maestro.

Después de ilustrar nuestro espíritu, conmover nuestro corazón y vigorizar nuestra voluntad, ha querido tener la satisfacción de sufrir y morir por nuestro amor. Además para llegar al colmo de lo posible, con su cuerpo y con su sangre derramada ha preparado un alimento divino, y una bebida de inmortalidad para el alma. Nada ha podido detenerle. ¡Ese es el amor verdadero, gigante, infinito, el sublime amor! Ante él todo amor se eclipsa, todo es nada. Verdaderamente ese es el único amor.—Todo El es amor.—*Charitas est.*—¡Alleluia!

* * *

Bien lo demostró en los últimos días de su vida mortal.

«La mayor prueba de amor, que puede uno dar á sus amigos, dice, es el sacrificar voluntariamente su

vida por ellos» Pues bien, ese es el testimonio de supremo amor que él ha querido darnos; ha querido morir por nosotros, lo ha querido eternamente, pues su amor para con nosotros es eterno como su corazón. Lo ha querido durante toda su vida mortal. Continuamente tenía fijos sus ojos en el cruento y voluntario sacrificio, corona de su vida. La hora prevista de su muerte, era como él la llamaba, su Hora. De modo que las demás horas de su vida le parecían nada en comparación de aquella. Era su hora predilecta; su continuo pensamiento; para ella se preparaba sin tregua, sin advertirlo nadie; y la deseaba ardientemente, con increíble ilusión. «Tengo que ser bautizado, decía, con un bautismo de sangre, y ¡deseo con ansia que llegue ese momento!»

Podía haber huído de la muerte con alejarse de Jerusalén. Lo sabía; se lo dicen, y, sin embargo, no se va. Podía abismar aquellos poderes y confundir la malicia de sus enemigos; y sin embargo se entrega á ellos.

Todo está previsto y aceptado. Muy por encima de aquellas circunstancias ciegas, de aquellas pasiones humanas, de aquellos arrestos infernales, de la vil traición de Judas... del abandono de los Apóstoles; por encima del exacerbado fanatismo del pueblo, del odio de los judíos, de la hipocresía de Pilatos, del furor de los verdugos, muy por encima de todo hay un poder superior, que todo lo dirige y que anima el conjunto; hay una mano misteriosa que mueve los resortes de todo este sangriento drama. Y esta mano, este poder ¿no es más que la justicia del Padre? No, es el amor infinito del Hijo. Por más que la naturaleza tiembla, desfallece y pide auxilio, tiene que resis-

tir y seguir la senda de amargura hasta el fin; el amor es un terrible acicate que le anima y le sostiene á la vez.

En esta sangrienta batalla, el amor es el que sale lleno de laureles.

* *

La Pasión de Jesús debe contemplarse á través de los fulgores del Amor infinito; en la *Cena* es donde debemos escuchar los últimos latidos de su corazón, ese canto del cisne divino, canto incomparable con nada humano;— seguirle en su marcha nocturna á la tibia luz de las estrellas, junto á las murallas de Jerusalén y por el valle del Cedrón.— asistir á la terrible escena de Gethsemaní, bajo aquellos olivos seculares, á la torva y súbita invasión de aquellas ideas supremas que aplastan bajo su peso á la humana naturaleza; á aquella extraña agonía, aterradora, que le agita, le anonada y le arroja convulsivo á un hueco solitario de la montaña; hay que presenciar la vergonzosa traición empezando su obra; la captura de su augusta persona, los insultos y los atropellos con que le recibe aquella chusma homicida; el hipócrita simulacro de un juicio; la sentencia de muerte pronunciada por el sanhedrín, inspirado por Anás y Caifás; la horripilante escena del cuerpo de guardia; la negación de Pedro; el lúgubre cortejo que atraviesa la ciudad dirigiéndose al palacio del Gobernador romano; las tergiversaciones de Pilatos vacilando entre el deber y el miedo, y al fin su cobardía; las trágicas escenas de la flagelación y de la corona de punzante espina; la marcha hacia el Calvario atropellado por una multitud que ruge frenética é implacable; el do-

loroso cruzar de las calles de Jerusalén; la llegada á la cima del Gólgota, el despojo de sus vestiduras, la crucifixión y la erección de la Cruz entre el cielo y la tierra; las tres horas de horrorosa tortura, iluminadas sólo con la serenidad de la Gran víctima; es necesario, en fin, presenciar su muerte, cuando todo se ha consumado.

Esta tragedia, espeluznante y odiosa en lo exterior, que se va desarrollando cuadro por cuadro según un plan eternamente determinado, previsto y anunciado desde el nacer de los siglos, no puede concebirse más que admitiendo una inspiración superior á la que todo obedece; hay en ella algo más que la voluntad de los hombres, algo más que las pasiones populares, más que las furias infernales, algo más grande y hermosa como Dios.

· Cuando todo terminó; cuando se verificó todo lo previsto y lo anunciado; cuando se apuró el cáliz hasta las heces; cuando ya estaba fatigado el brazo deicida por la resistencia del divino mártir, entonces, de aquel pecho hundido, de aquellas fauces abrasadas, de aquellos cárdenos labios, salió un grito formidable; triste como el grito de la muerte, poderoso como el grito de victoria, y ante la tierra estupefacta, y ante el cielo extático rompe su envoltura mortal el infinito, el Amor eterno; más brillante que el relámpago, más rápido que el pensamiento, más majestuoso que el águila real con sus rémiges desplegadas, atraviesa el abismo que separa la tierra del cielo, y en medio de un nimbo de gloria entra en el corazón de Dios para anunciar que la Redención está hecha y que el mundo se ha salvado.

Y del seno de la esplendorosa Trinidad se levanta

una voz que repiten todos los coros angélicos, y los ecos de la eternidad:—*¡Vicit Leo de tribu Juda!* ¡El León de Judá es el vencedor, el Rey del amor, el Dios del amor! *¡Alleluia!*

* * *

A través de los Siglos

El Amor eterno ha regresado á su Padre; pero su obra inmensa y vivificadora se mecerá por siempre jamás sobre el mundo. Ya nos había dicho: «Cuando fuere levantado sobre la tierra, todo lo atraeré á mí.»

Esta promesa se está realizando incesante y universalmente; como el imán atrae los metales que tienen afinidad con él, arrastra á sí Jesús todas las almas predestinadas; siguen á su Pastor como ovejas descarriadas que vuelan, á su voz, á través del tiempo y del espacio; las almas fieles que cada generación humana hace desfilar al pie de la Cruz, reciben la impresion divina y forman en las tropas de los entusiastas de Jesús. No hay un ser humano que pueda escapar á la influencia de su Corazón, como no hay quien pueda sustraerse á los cálidos efluvios del Sol.

Lo que decía el apóstol S. Pedro; «Señor, ¿á quién iremos, si vos sólo teneis palabra de vida eterna!», sigue siendo verdadero en nuestros días y lo será en el porvenir.

Entre todos los filósofos, sabios y pensadores de todas las épocas, sólo se encuentra á Jesús que hable á los hombres de la vida eterna, con pleno conocimiento y certeza. Sólo El, que con su palabra franquea la valla del tiempo y los límites del espacio para ir á perderse en las inaccesibles regiones del infinito

y de la eternidad. Sólo El, nos muestra con decisión la vida al otro lado de la muerte y el cielo allende la tierra. Sólo El nos habla con seguridad de los celestiales y de los eternos amores. Sólo su doctrina es la que sostiene nuestra fe y confirma nuestras esperanzas.

Ya ha terminado el arcaico pyrrhonismo y el escepticismo rancio. Ya han acabado las degradaciones serviles que tiznaban la humana dignidad; ya es un mito la desesperación por falta de remedio, y el enervador fatalismo.

«La tierra fué invadida de una esperanza inmensa:

«Por fuerza nuestros ojos alcemos á los cielos.»

* * *

Durante cuarenta días después de la Resurrección fué confirmando Jesús la fe de sus apóstoles y completando su fe religiosa. Después cuando llegó la hora sublime, les señaló el mundo con un ademán de soberano. Allá en las alturas está mi reino eterno; aquí abajo mi imperio terrenal; él es el dueño absoluto en el cielo y en la tierra, él es el Dominador, «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra» nos dijo; desde entonces, era evidente que tenía derecho á mandar; y en efecto, mandó con una autoridad soberana é irresistible.

«Id, les dijo, enseñad á todas las naciones; bautizad en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.» ¡Vaya una misión aplastante para unos pobres hombres! ¿No salta á la vista la desproporción entre su miseria y lo sublime de la encomienda? Así sería, si estuviesen abandonados á sus fuerzas; pero el equilibrio se estableció y las objeciones quedaron desvanecidas: «Desde este momento es-

táré con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

Esto basta. Los apóstoles se dispersan, recibida la luz del Altísimo. Atraviesan el vasto imperio romano y se internan en el corazón de los pueblos bárbaros. Ellos y sus sucesores es indudable que se lanzarán de polo á polo, todas las criaturas oirán su voz. Los predestinados de cada nación se irán formando en torno de su bandera y tarde ó temprano, no habrá en el mundo *«más que un rebaño y un solo Pastor.»*

Y allá cuando el número de los Elegidos esté completo vendrá la apoteosis final que se realizará entre inefables esplendores. A una señal dada por los Angeles, tomarán su abandonado polvo las almas humanas; comunicarán á este barro transfigurado los encantos de su gloria ó los horrores de su condenación. Todos llevarán en la frente el signo glorioso de su elección, ó el infame tatuaje de su perdición. Y en medio del universo humillado, sobre una nube de magnificencia, aparecerá la Justicia infalible del Señor, y estallará como un meteoro la sanción del Bien y del Mal.

Entonces, como un genio de luz que rasga el espacio cruzará por los Cielos el Hijo del Hombre circundado de majestad formidable. El fulgor de su paso será tal, que la vista del género humano quedará ofuscada. Los seres angélicos formarán su corte de honor. Los Elegidos, atraídos por una amorosa sonrisa volarán hacia él con un impulso irresistible, para cantar eternamente sus alabanzas, y la Iglesia triunfante, como aureola gloriosa de su fundador, le acompañará para siempre en su eterna mansión cantando el Hosanna y el Alleluia. Aquel cántico que resonó en Belén se oirá de nuevo como el primer com-

pás y el último de la gran obra divina. «Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad.»

Por otra parte, al contrario, una turba innumerable confundidos bajo el peso de la maldición del Cordero, caerán convulsivos los condenados, al abismo eterno, como caen los copos de nieve en oscura y tempestuosa noche de invierno.

* *

El Reino

¿Qué será esta morada del Padre, este Reino preparado para los elegidos desde la aurora del mundo?

San Pablo la ha descrito, aunque negativamente, de la manera más admirable.

«Nunca vió ojo humano; ni su oído oyó, ni su corazón sintió jamás lo que Dios reserva á aquellos que le aman.» ¿A qué esforzarnos en fantasear sobre esa luz sobrenatural? En el universo visible no hay nada que pueda darnos ni remotísima idea. Aquella es un mundo novísimo que se presentará ante los elegidos. Mundo de luz inefable. Cristo será el sol de su eterno día. Mundo de ilimitada felicidad, pues Dios colmará nuestras aspiraciones de felicidad, dándose todo á todos. Dios enjugará las lágrimas de sus elegidos y cesará esa amarga fuente del dolor. De todas las pruebas aquí sufridas con tanta pena no quedará más que un solo recuerdo sin sombra de amargura. Al disfrutar de tamaña compensación bendecirán aquellas horas de felices sufrimientos. En esa morada del Padre, no habrá ya luchas, ni penas, ni separación, ni muertos; estos amargos frutos sólo los de el árbol viciado de nuestra naturaleza en las condi-

ciones de nuestra existencia militante, por las imperiosas necesidades que nos rodean y por las miserias de nuestra caída. Pero allá las condiciones serán distintas; todo será paz, reposo, alegría, inmortalidad, todo un éxtasis y eternal amor.

Todo esto significa la revelación de Dios. Comprendemos que somos su hechura ¡pero lo comprendemos mal en esta vida! Guiados por el raciocinio le vemos al través de sus obras; pero es muy tupido el velo que nos impide contemplarle. La creación guarda tan regio misterio, se calla como la antigua esfinge. Avanzando, llegamos siempre al misterio, á las tinieblas, precisamente al tocar el punto en que podríamos besar la mano del Creador, si pudiéramos seguir su paso. En todos los seres, sobre todo en nosotros mismos descubrimos algunos reflejos de la belleza divina; lo bastante para cautivar nuestra admiración, pero todo infinitamente incapaz de saciar nuestra ansia de verle.

Pues bien en esta visión consiste el Cielo. Se rasgarán los velos de la materia y le veremos cara á cara. Entonces los símbolos desaparecerán para abrir paso á la realidad. Le contemplaremos como es. ¡Ah! ¿Quién podrá diseñar la embriaguez de nuestro espíritu? No tenemos más que una palabra, que ya resulta gastada por el uso, para dar á entender ese abismo de fulgor y de entusiasmo en que se sumerge el alma bienaventurada, es la palabra, éxtasis. Usémosla á falta de otra mejor. Pues bien, el éxtasis consistirá en salir uno de sí mismo en cierto modo, en olvidarse un momento para sublimarse con el objeto divinal que arrebató nuestra admiración: ¡Qué impresión recibirá nuestra alma al transponer el umbral de

aquel celeste reino! ¡El espectáculo! El espectáculo será grandioso, inexplicable; aquel pielago de luz, de gloria y de esplendor; aquel abismo de perfección y de belleza la arrebatará de tal modo, que será un éxtasis en absoluto, cerrándole por completo el camino para volver á sí misma, y atajando cualquier sentimiento de orgullo ó de egoísmo que pudiese entibiar aquel felicísimo estado de ventura, haciéndola por lo tanto inpecable. Y como en ese arrobamiento no cabe hastío, ni decepción, porque jamás se encuentra el fin de su grandeza, ni el límite de su perfección, síguese palmariamente que el éxtasis beatífico del alma será eterno.

Ahora bien, la visión de la belleza que extasiará á los Elegidos al entrar en el Cielo, necesariamente hará vibrar las más íntimas fibras del sentimiento, provocando un amor proporcional á la admiración que les encanta en la presencia del Señor. Su corazón cederá á este amor dilatándose sin medida. Y cuanto más vayan conociendo á su Dios, más fuerza de atracción sentirán hacia aquel abismo de perfección. De este conocimiento y de esta admiración que lisonjearán al alma predestinada y la llevarán insensiblemente hacia Dios, tiene que surgir un sentimiento de felicidad, una plenitud de satisfacción que no hay palabra que pueda definir, ni fantasía que le pueda imaginar.

Es decir, el Cielo consistirá sobre todo en la visión de Dios. Después de Dios, no hay nada que sea comparable con la santa humanidad del Verbo de Dios. Ni en las naturalezas materiales, ni en las espirituales hay, ni puede haber ninguna que se aproxime á la perfección de su alma y á la belleza de su cuerpo. La

naturaleza humana del Verbo es, sin duda alguna, la obra maestra de Dios. Pues jamás ha habido, ni habrá una naturaleza creada á quien la divinidad se le comuniqué como á ella. «En Jesucristo, dice San Pablo, están encerrados los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, y en su naturaleza humana toda la plenitud de la Divinidad.» Veremos pues, esta naturaleza verdaderamente divinizada. Y así como la visión de la divinidad ha de constituir el éxtasis eterno de nuestro cuerpo resucitado.

Después de la visión divina nos sorprenderá la contemplación de María de todos los santos; la visión de las almas bienaventuradas, santificadas por la gracia, transfiguradas por la gloria, y la visión de sus cuerpos glorificados y espiritualizados. Tendremos la dicha de ver entre ellos á cuantos hemos perdido y que murieron en amistad con el Señor, y esta unión definitiva con aquellos seres queridos, no será de las menores causas de felicidad que nos aguardan en la gloria. Un amoroso río de vida infinita correrá eternamente bañando á todos los miembros de la inmensa familia y realizará en su plenitud esa Comunión de los santos, que no es más que la consumación de todos los hijos de Dios en la unidad de su amor y en el goce de su felicidad y de su gloria.

Constituirá parte del cielo la visión de los espíritus angélicos, de ese cortejo inmortal que ha creado el Señor, para su gloria. Jerarquía de luz en donde las perfecciones crecen por grados, desde los ángeles hasta los Serafines, preciosa gama de esplendores que constituye el más precioso espectáculo de todo lo creado. ¿Qué efecto nos producirá la contemplación cuando nos sea dado abarcarlo en todos sus por-

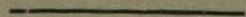
menores y en su totalidad y el oír su cántico de adoración y amor eterno que se elevará hacia Dios en espiras de mágica armonía?

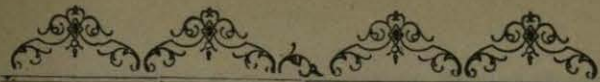
.....

* * *

Así se va desarrollando á través de los siglos aquel divino Poema comenzado en la eternidad para terminar en la eternidad. El universo actual flota entre esos dos abismos, como esos floridos islotes que titubean y vacilan en medio de la inmensidad del océano. El genio del hombre nunca hubiera llegado á concebir semejante cosa. Todo lo que se ha querido inventar en este género, no ha pasado de ser un bosquejo pálido y horroso. Siempre que el hombre ha intentado hacer hablar á la Divinidad nos ha revelado de sí misma, no ha hecho más que desnaturalizar lo divino. Dios solo podía escribir y desarrollar ese Poema. Es todo él, obra de su corazón y de sus manos.

Desaparezca todo ante esa realidad. Basta de imaginaciones y fantasías. El hecho suple más, pues la realidad deja muy atrás todos nuestros ensueños. Es muy superior á cuanto podíamos imaginar.





ORIENS

Mientras iban pasando esos cuadros del divino Poema ante mi espíritu, como el arte desgrana ante el oído las notas de celeste armonía, terminó la noche su carrera.

En el cielo empezaban las estrellas á entornar sus párpados. Un destello de luz iniciaba su invasión en el horizonte del Levante. Toda la naturaleza se complacía en respirar el fresco aliento de la mañana y pronto las fuentes de Moab se ciñeron de rojas guirnaldas. Las pardas sombras se tornan azuladas y violáceas. Los cerros del desierto de Judá se van coloreando insensiblemente y poco á poco el Oriente arrastra su púrpura de fuego reflejando en el vasto espacio todos los encantos lumínicos de su inflamada corona. Al propio tiempo la ondina de la mañana acaricia el follaje y pasa sobre la casa como el rozar de las alas de un espíritu. Las aves ensayan su gorjeo, las flores entreabren sus labios y la naturaleza entera se levanta para saludar á su esposo y á su rey.

En efecto, ya viene; de este sol de luz, cuyos fulgores van aumentando por momentos, se levanta el sol deslumbrador inundando de luz el mundo con su mirada de fuego. En el valle del Jordán se agita un golfo de luz; el tranquilo Mar Muerto tiembla, dejando brillar sobre su vasto cristal millares y milla-

res de visos de oralina; los montes se embozan en su manto de escarlata, mientras que allá en la colina, Belén presenta al astro sus blancas casitas y las cúpulas de sus terrazas. Cruza el espacio un escalofrío de vida y principia por todas partes el gran trabajo de la naturaleza bajo los cálidos efluvios del astro inspirador.

¡Oh! símbolo precioso que la Iglesia ha comprendido también y en el que sin temor se ha inspirado. Lo que es el sol en la economía, de la naturaleza, es el Salvador en la economía de la gracia y de la gloria. Sin él estaría la humanidad, como la naturaleza sin sol, en una noche eterna y en una eterna muerte. El es la luz del mundo. El guía á todo el que nace, El es la vida. Todo lo que existe se ha hecho por El. El es el vencedor de la muerte, su poder resucita á los que han caído en sus fríos brazos. Los espíritus se iluminan y los corazones se abren como las flores á la luz de sus ojos y de sus palabras; las voluntades se lanzan hacia la perfección, las almas se pacifican y se elevan; las virtudes florecen y las buenas obras coronan los deseos .. Todo gracias á su luz.

¡Oh sol eterno! le dice la humanidad regenerada; levantaos sobre las almas y sobre el mundo; disipad las tinieblas del error y la noche del pecado; haced que todo resplandezca á la luz de vuestra mirada. Haced que por doquier germine la vida divina con la savia de vuestra gracia. Haced que el desierto florezca y que abunden los frutos de salud sobre nuestra desolada tierra! *O oriens, splendor lucis æternæ et sol justitiæ, veni et illumina sedentes in tenebris et in umbra mortis.*

-misa y oración leoniana. * * *

¡Oh Belén! ¡Cuna del Salvador! Tu nombre no se borrará jamás de la memoria del hombre. El recuerdo que está posado sobre tí, hace que nunca seas víctima del olvido. Todo el que haya respirado tu purísimo aire y se haya desvelado contemplando el cielo desde tus terrazas, guardará mientras viva la delicia de tan encantadora impresión. ¡Tierra Sagrada! Gran parte de mi corazón, tal vez la mejor, se ha quedado adherida á tu augusto polvo y no acierto á pensar en tí, sin que el llanto de la ternura se asome á mis ojos.